

LA VERDAD SOBRE KUCHY SCHIARINI

(CUENTO)

por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

Esta es la verdadera historia —no creáis la otra— sobre Kuchy Schiarini. Os lo repito, toda otra cualquier versión que os digan es totalmente falsa. Me pasé dos meses enteros preguntando a personas que conocían el caso, para escribir esto, auténtico, de primera mano y documentado.

Yo David Cohen Manzano, curioso por la gracia de Dios y escritor por vocación, conocí a Kuchy —como suele ocurrir siempre en los casos interesantes de la vida— por verdadera casualidad.

Por aquel año de 1973 vivía yo en Valladolid, como médico ginecólogo, por vía libre. Es cierto que podía haber ocupado, un cargo oficial o semioficial, pues eran compañeros e íntimos amigos el director de la Residencia Sanatorial y el jefe de Sanidad.

Con el director de la Residencia, Ricardo Laguna, pasaba siempre muy buenos ratos hablando de toros y toreros. Ricardo era un hombre tan sencillo, como inteligente

y a los toros había dedicado mucho tiempo y talento.

El jefe de Sanidad, Pedro Mediavilla, era un politicazo de tomo y lomo, un astuto de marca mayor y se las sabía todas en eso de conseguir puestos para sus amigos.

Pasaba yo las mañanas enteras en mi consulta particular y, después, a eso de las dos, tomaba el aperitivo, en un bar cercano, con mis amigos.

Allí, en Valladolid, como yo era soltero y cuarentón, me presentaron a chicas estupendas, de la mejor sociedad de la antigua corte real.

Conocía a Luchy Cordobilla, que charlaba de literatura, como ya quisieran hacerlo más de cuatro catedráticos de Universidad. Pero Luchy tenía una nariz de elefante y unos ojos de rata viuda.

Algunos meses estuve flirteando con Mercha Casillas, coqueta, bonita, pero muy voluble y engolada. Alterné, algunas noches, con el matrimonio compuesto por Mano-

lo Burnay y su mujer Maika Galindo, demasiado exquisita, insinuante y peligrosa, por lo que me fui retirando, poco a poco.

Después se dedicó a mi caza y captura, de una forma demasiado descarada, Lely Pereda y toqué el clarín de la retirada a marchas forzadas, pues al segundo día de conocernos, ya quería hablar de matrimonio.

Asistí a las reuniones, que en Zorrilla 98, daba mi paisano y querido amigo Carlos Pedrero y donde se jugaba, fuerte, al bridge, se besaba uno, con la facilona de turno, en la biblioteca y se hacía política práctica, con diversos delegados de ministerios.

Una noche de éstas, de los Pedreros, harto de tanta sociedad ñoña, de pronto, me despedí y me dirigí, derecho, sin saber por qué, al Club 85. No había mucho público. Una chica, de palabra pastosa y deliciosa de labios, erecta de pechos y con excesivo color verde rodeándoles los ojos, se acercó a mí.

—Qué desea tomar, por favor.

—Pedí, fijándome mucho en ella, un cubata.

—Me lo sirvió y con angelical sonrisa me dijo:

—Es la primera vez que le veo por aquí.

—Pero, estando tú, no será la última.

—Muy amable.

—Normal.

—Hay veces que no puedo desprenderme de los amigos.

—Eso no es problema suyo.

—Es verdad.

—Se acercó a saludarme el dueño del local, antiguo conocido mío, Julio Antero:

—¡Cuánto tiempo sin verle por aquí!

—Ya sabes...

—No tiene que decirme más... Y, muy discretamente, se alejó.

La chica de palabra pastosa volvió a sonreírme y, sin que ella me lo pidiera, la invité a que tomase algo.

—Cuál es tu bebida predilecta?

—El champán. Voy a tomarme un benjamín.

Fue a por él, lo abrió con seguridad y delicadeza y lo escancié. Tomó un par de sorbos.

Vino hacia nosotros el encargado del Club 85, Jacinto Pruneda, con la misma canción:

—Cuánto tiempo sin verle por aquí, don David. ¡Ya le echábamos de menos!

—Sí, he hecho vida de anacoreta. ¿Y Nery?

—Se casó con aquel chico de Gijón, Arturo Meléndez...

—Y ya... ¿Y Gely?

—Trabaja ahora en Salamanca.

A la que veo por aquí, tan fabulosamente bonita como siempre es a Lady.

—Ahí la tiene usted, hecha un fenómeno, como de costumbre.

Lady no simpatizó, nunca, demasiado conmigo, pero se acercó, me saludó y volvió junto a un cliente.

La chica de la palabra pastosa inició una charla sobre cine y películas.

Como a mí me encanta el tema, seguimos un buen rato la conversación.

Pero yo noté que, a mi derecha, había una señorita, como flotando, dentro de su sugestivo vestido negro, abierto y largo. Y dentro de su ingravidez, observé que era una mujer muy segura de sí misma, de exquisita belleza, personal y distinguido estilo, con el pelo rubio cortado a lo muchacho y llena de feminidad y alegría, que se le escurría por los mofletes.

Cogí mi vaso, para beber y ella se fijó en mis manos. Y, sin más, me soltó:

—Tiene manos de bruto.

—Y tú, decires de lista.

—No lo creas.

—¿Finges mucho?

—Lo normal para poder estar aquí, siempre en forma...

La miré detenidamente y comprendí que era mucho más interesante de lo que me había parecido a primera vista. El encargado, Jacinto Pruneda, se acercó, discretamente, e hizo, de nosotros, la presentación.

Volví a mirar a Kuchy Schiarini y vi una cara inigualable de simpatía, una sonrisa divina, unos dientes blanquitos y una melenita de efebo griego, pero en estilo muy femenino, acompañada de una serenidad clásica y de una naturalidad de sol naciente.

La invité a tomar una copa conmigo.

—¿Qué quieres?

—No tomo más que zumos.

—Bueno, por mí...

Se lo sirvió, lo tomó apresuradamente, marchó, para atender a varios clientes que acababan de llegar y yo seguí charlando de vaguedades con la chica de las palabras pastosas, que me dijo se llamaba Carmen.

No volví por el Club 85, en un par de semanas. Un sábado, al salir de la última sesión de cine, me dio por volver al Club. Entré lentamente y mis ojos recorrieron las caras de las chicas, hasta que descubrí la inconfundible de Kuchy Schiarini.

Estaba tomando botella tras botella de champán y, me aburrí, con Carmen y salí hacia afuera, derecho a mi domicilio, pasando una noche algo desasosegado.

Volví al Club, al día siguiente, un

poco más pronto y fue la misma Kuchy, la que me dijo:

—Ya comprenderías anoche...

—Claro. Es tu oficio.

—Que no me gusta nada, ¿sabes?

—¿Y por qué estás en él?

—También debes de comprenderlo. ¿Verdad que sí?

—Perfectamente.

Sin yo pedirselo, Kuchy me contó parte de su historia, llena de valentía y seguridad en sí misma.

De repente, Kuchy, me preguntó, con la malicia natural en las mujeres:

—¿Y cómo ha vuelto por aquí el hombre de las manos de bruto?

—Por eso, por bruto.

—No me seas borde, ¿porqué?

—Por ti. Bien lo sabes tú.

—Ah, sí, me alegro, porque tenía ganas de charlar contigo.

Eran las diez menos cuarto, cuando nos pusimos a hablar.

Hice mal, porque pregunté la edad a Kuchy.

—Tengo veinticuatro años.

—Casi te doblo la edad. Me gustaría haberte conocido, teniendo yo, por ejemplo, treinta años.

—¿Nos hubiéramos casado?

—Por mí, sí.

—Eres muy vehemente y decidido.

—Y tú excesivamente bonita, inteligente y simpática.

Kuchy volvió a repetirme que había caído en la vida de club por afán de lujo, de ganar más dinero que otra profesión normal, para señoritas. Porque Kuchy era toda una señorita culta, educada, fina y con un estilo aristocrático, como para hacer buen papel en la corte inglesa.

—Si vieras, la primera vez que tuve que mondar una naranja, en una cena de etiqueta, lo apurada

que me vi... Era para mondarse de risa. Pero salí bien del trance —me contaba, con una naturalidad deliciosa.

Seguíó Kuchy:

—Yo estaba en una perfumería, pero una amiga me dijo lo que ella ganaba aquí de ocho de la tarde a dos de la madrugada y me vine con ella.

—¿Y tu familia, ¿cómo lleva esta profesión tuya?

—Mi madre, regular, porque es muy buena y no se enfada, nunca, conmigo, por nada, pero, mi padre...

—¿Y tus hermanos?

—Son mayores, casados y no quieren otros problemas...

—¿Has tenido muchos novios?

—Bueno, en realidad, uno sólo, pero era casado...

Me hizo gracia la explicación y yo me puse a reír, pero ella estaba, terriblemente seria.

—¿Y cómo terminó aquella situación?

—Pues sacrificándome yo a perderle, para no deshacer a una familia hecha.

—¿Y él?

—Estaba dispuesto a dejarlo todo, por mí. Pero yo le hice reflexionar y lo dejamos.

—Luego priva en ti la cabeza sobre el corazón.

—Me temo que sí.

—Y ahora, ¿no tienes novio?

—No.

—Mientes.

—¿Por qué tengo yo necesidad de mentirte?

—Pareces una profesora de lógica.

Y Kuchy puso la más simpática de sus sonrisas y todo terminó en otra copa de un daiquiri jamaicano, cuya fórmula ella sabía muy bien.

—¿Pongo más menta?

—Sí, una copa más.

Bebimos lenta y sabiamente y las palabras fueron fluyendo como gotas de perla, que se hilvanasen alrededor del cuello de Kuchy, más bonita y graciosa, con más estilo fino, cuanto más la observaba. Se atusó su pelito corto y le pedí un beso.

—¡Ay, cómo eres! Aquí no puede ser. No ves que nos están todos mirando.

—¿Dónde?

—No seas precipitado. Ya llegará el momento...

—Quiero tu beso ahora mismo.

Kuchy se puso muy seria y dijo:

—No insistas, por favor.

—Quiero tu beso, por quedarme con algo de esa voz tuya, hecha miel y terciopelo, con caña de azúcar y aguardiente caliente...

Seguí:

—Un día, mañana mismo, nos vamos a un bar tranquilo y tomo, en cinta, tu voz.

—¿Pero qué tiene mi voz?

—Tiene calidad femenina, calor masculino, color tropical... Qué se yo... Es deliciosa.

Seguimos hablando y, cuando cerraron el club, no consintió que la acompañase, hasta su casa. Montó en su coche, con otra amiga y marcharon.

Inmediatamente, para apagar la vela de la noche, me fui con mi amigo Paco a otro local donde cerraban una hora después y estuvimos charlando de Kuchy y de otra amiga suya, muy vital y simpática, que agradaba a mi amigo.

Estuve un par de semanas, sin volver por el Club 85. Pero volví:

—No te conocía, con ese sombrero, al entrar, —me dijo.

—Soy el hombre de las mil caras. Bueno y tú...

—Antes de que me lo digas, te revelaré que soy la de las diez mil.

—Incierto. Eso es lo bonito, tuyo. Tu eterna naturalidad.

Kuchy se confió en mí y me reveló muchos secretos de su vida y yo le dije:

—Te lo agradezco mucho, cuéntame todo, por muy duro que me resulte.

Ella charlaba, valiente, suave y deliciosa. Había veces, que la dolía el corazón, pero lo cambiaba inmediatamente, relatando alguna anécdota graciosa.

—Lo que más me agrada —me dijo— es el que tú me reveles que mi presencia te transforma, en un chavaluco de veinte años. Me encanta, sobre todo, que me digas que mi charla te ilumina, te anima, te alegra, te ilusiona...

—Pues es cierto...

—¡Qué alegría!

—Eres muy buena.

—Pero la vida, siendo bonita, todos, todos, ¡la hacemos fea...

—Vamos a hacerla siempre bonita.

—Si de nosotros dependiera...

Era la ya hora del cierre y entraron unos policías y despejaron aquello en breve tiempo.

Volví a la noche siguiente. Estaba con un cliente, puso un pretexto y se vino junto a mí. No pude menos de decirle, la verdad:

—Estás, todavía más bonita que anoche.

—Eso me han dicho todos. Lo tengo repe...

Me fijé más en ella:

—Te has cortado mucho el pelo...

—¿Me hace bien?

—Tanto que si te digo lo que pienso, diría una verdadera burrada.

—Entonces, silencio.

—Eso sí, te voy a decir una cosa en serio.

—Tú eres un puro frívolo. Si te

conoceré... Anoche estuviste bailando, con una amiga mía hasta las cinco de la madrugada...

—Eso no es frivolidad. Eso es necesidad de realizar ejercicio físico, para estar siempre en forma...

—Te repito que eres un frívolo.

—Entonces, ya no te lo digo...

—Mejor, pero, no, anda, dímelo... No seas así...

—Dime tu frase, esa frase que a mí tanto me gusta, oída con tu voz.

—¡Ay, cómo eres!

—Pues sí, te lo voy a decir: Estoy enamorado de ti.

—Eso lo saben ya hasta las paredes del local.

—¡No me seas frívola!

Y no sé cómo se las compuso que cambió, deliciosamente, de conversación y pasamos un rato estupendo. Nos cogimos de las manos y me las acarició mucho.

—Tengo manos de bruto.

—Pero muy sensibles. Eres muy susceptible, además...

—Puede...

—Dime lo que piensas, ahora.

—Pienso en casarme contigo.

Ella reía y reía y todos los clientes, miraban y remiraban.

Me fastidió la situación, me despedí, bruscamente y salí del local, como una centella.

No volví por allí.

Una mañana, se me presentó, en mi consulta, Kuchy.

—Qué te pasa. ¿Cómo por aquí?

Kuchy se me echó a los brazos y llena de alegría, me explicó:

—Es que estoy embarazada. Estoy loca de contenta.

—¿Estás embarazada del hombre al que más quieres, del único hombre que quieres?

—Sí, tenía ganas de que me hicieras esa pregunta.

—Pues, enhorabuena, Kuchy ¿Qué quieres de mí?

—Que lo sepas y que te alegres conmigo.

—Tanto como alegrarme... ¿Lo sabe el padre de la criatura?

—No. Ni se lo diré.

—¿Por qué?

—Porque no me va a creer?

—¿Es casado?

—Sí.

—¿La dará él sus apellidos?

—No.

—¿Quieres que se los dé yo?

—No. Muchas gracias. Llevará los míos. Eso sí, se llamará de nombre, David.

—Gracias. ¿Te sientes dichosa?

—Como nunca.

—Si tienes algún problema ahora o después, me lo dices

—Seguro. Adiós.

Se fue. No volví a verla por toda la ciudad.

Un mes más tarde supe, de perfecta fuente, que Kuchy, había muerto en Londres, pero no en manos de ningún médico que la hiciera abortar, sino de pura alegría de saber que tenía un hijo en sus entrañas. Le estalló el corazón.

Y ella y yo, siempre creíamos que tenía más cabeza...



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA» - Cáceres